

José María Ruiz Párraga

8047 Gestión Patrimonial – Calidad Informática

952189410

UNA HISTORIA POR ESCRIBIR

UNA HISTORIA POR ESCRIBIR

I

Como siempre. Con prisas. No corría, en el sentido literal de la palabra, pero se notaba que iba con el tiempo escaso en el modo de esquivar a la gente, mientras bajaba por la boca del metro. Volvía a haber problemas en los tornos. ¡Lo que le faltaba! Así que se puso en cola detrás del único que parecía funcionar, en tanto que algunos usuarios y empleados del suburbano discutían sobre los reiterados problemas del servicio. La estación se caía a pedazos. Sí, pensó, todo el mundo sabía que la iban a cerrar, pero la habían abandonado casi por completo en los dos últimos años, y la falta de mantenimiento había sentado francamente mal a los achaques que ya arrastraba. Con un poco de mala suerte no tendrían ni que cerrarla, sencillamente se derrumbaría sobre sí misma. Ya pasaron sus mejores días. Hace tiempo, esta estación del metro fue algo así como el centro de un pequeño mundo; pero unos años atrás crecieron dos nuevos y briosos mundos a su alrededor, tan cerca como para eclipsarlo y tan lejos como para necesitar un par de nuevas estaciones y enterrar ésta.

Bajando los últimos escalones escuchó el silbato del tren y aceleró, pero no era el suyo el que llegaba, sino el del sentido contrario, y se relajó, mientras avanzaba por el andén. Instintivamente miró a los pasajeros del otro lado que se preparaban para subir, y allí estaba ella. No era la primera vez que la veía. Por un momento le pareció que giraba la cabeza y le miraba a él, pero fue en el mismo instante en que se cruzaba el tren antes de detenerse. La buscó por las ventanillas cuando los vagones se pusieron en movimiento. Sin éxito. Giró y levantó la cabeza: tres minutos para su transporte. Al final tendría que esperar.

II

Los problemas parecen menos, cuando vas con algo más de tiempo. Tuvo que esperar una vez más a que el empleado hiciera funcionar alguno de los tornos, pero hoy, excepcionalmente, no tenía prisa. De pronto se acordó: ¿estaría ella allí? Y, en cuanto pudo, aceleró un poco el paso. ¿Cómo no lo había pensado antes?

En los andenes había más gente de lo normal, ¡malo!, los trenes vendrían con algún retraso adicional. Fue andando, mientras su mirada la buscaba entre los pasajeros del otro lado. Y allí volvía a estar. Continuó hasta ponerse a su altura y la miró sin recato. Era una chica bien parecida de unos... ¡que desastre! Era incapaz de adivinar la edad de nadie. Bueno, pensaba que sería de su edad, así que arriba o abajo, acercándose a los treinta. ¿Con novio?, ¿casada? Estaba pensando en eso y en que quizás no estuviera bien mirarla tan descaradamente, cuando ella levantó la vista y él la apartó bruscamente, algo avergonzado. Con el rabllo del ojo volvió a buscarla, y, como ella había vuelto a su libro, se relajó tanto que, cuando lo miró directamente, no supo cómo reaccionar durante unos larguísimos segundos, hasta que le dirigió una suerte de hierático saludo que ella tardó en responder, si es que realmente lo hizo.

No hubo más, el sonido de los silbatos se mezcló con el rugido de los trenes entrando a la par en la estación y cortando el tenue hilo que sostenía una mirada. Sin darse cuenta, mientras era arrastrado al interior de vagón, pensó en la aleatoria fugacidad de cada uno de esos momentos, al arbitrio de la puntualidad ferroviaria y de sus malos hábitos horarios.

III

Hoy estaba convencido de que la vería. Iba con tiempo más que suficiente. ¿Qué estaría leyendo? ¿Qué leía? A él nunca le había gustado leer en ningún transporte público. Bueno, la verdad, leía poco, al menos libros. Le daban pavor esos tochos inmensos vendidos al peso. Era de lecturas cortas y tranquilas, y ni se había planteado leer entre empujones y traqueteos, abandonando en la página que tocara, por cuenta de una llegada a destino o cualquier otro accidente, y no en la que uno decidiera.

Y sí que estaba ella. No leía. Pensó que estaba radiante y pensó que estaba tonto por pensar eso. Pero lo estaba, o al menos eso le parecía a él. ¿Pero se puede pensar eso de alguien a quien apenas has visto media docena de veces, fugazmente, al otro lado de las vías? Avanzó hacia ella -es un decir, salvando las distancias- y tan decidido creía ir que conforme se acercaba se le hizo un nudo en la garganta y pasó de largo. Pero volvió la cabeza a tiempo de ver como ella le miraba y entonces se hizo el encontradizo y la saludó como si fueran viejos conocidos, con una mezcla de temor y júbilo. Y de nuevo el tiempo se hizo relativo, eterno, antes de que ella levantara tímidamente la mano e hiciera el ademán de una suave sonrisa.

¡No se lo creía! Se envalentonó a la par que le subía el color a la cara. Mostró su alegría y con ademanes algo nerviosos le preguntó a ella por qué hoy no estaba leyendo un libro. Ella sonreía viendo sus muecas hasta que para responder puso un gesto algo triste y señaló el tren que ya entraba en la estación.

IV

Nada más verla supo que lo estaba esperando y eso que su maldita medida temporal le había impedido coincidir los últimos días. Avanzó con la emoción de un adolescente y una sonrisa de pavo en su rostro. Ella lo vio enseguida, como si tuviera en el andén contrario un ojo y sólo el otro en el libro que cerró, nada más asegurarse de que él la buscaba. Intercambiaron saludos con agrado, y él quiso preguntarle por lo que leía, como si el abismo insalvable que los separaba no diera para más, y hablar del tiempo allí abajo, tampoco fuera lo más adecuado. A sus indicaciones ella le mostró la portada para que pudiera leer el título: "Una Historia Por Escribir".

Como si jugaran a las películas él siguió haciendo mohines que correspondían -o lo pretendían- a preguntas sobre el texto: ¿está bien?, ¿te gusta?, ¿es una historia de amor?, ¿de crimen?, ¿de misterio?, y otras tantas que ella respondía divertida, pero con menos aspavientos, algo abochornada por la gente que les miraba. Y ese silencio mímico, casi perfecto, se rompió con un estruendo, que pareció mayor que nunca, de silbatos y chirriar de frenos. Mudaron el gesto, y él leyó en los labios de ella un ¡hasta mañana! tímido y silencioso, que contestó, a la par que, instintivamente, estiraba a media altura su mano. Y ella lo imitó, y, durante un instante, pareció que se hubieran rozado.

V

Iba deprisa. Deprisa y feliz. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Vale!, eran dos desconocidos, pero ya no. Hoy no. Hoy va con tiempo para ir al andén de ella. Quiere verla de cerca, hablarle, escucharla y oír su risa. Y quiere que sus encuentros duren mucho más que el efímero suspiro que acorta el silbido de un tren.

El día parecía más festivo que nunca, quizás por eso la boca del viejo metro le sorprende más oscura también. Nada más bajar los primeros escalones oye el bullicio

y se le cambia el pulso. La entrada está atestada. Los tornos no funcionan. Alguna gente grita a los empleados que intentan ponerlos en marcha y otra trata de entrar por las puertas de salida, con la oposición de los guardias de seguridad. Se queda en blanco. Hoy venía con tiempo, piensa. ¡No puede ser!, venía con tiempo, pero no va a llegar.

Cuando por fin puede pasar aligera lo que le dejan los demás. Hoy, ahora, parece que todos tienen prisa. Un hombre le da un folleto con algo de publicidad. No lo mira. Corre hacia el andén de ella. Se le antoja que hay más gente que nunca. La busca y no la encuentra. Nada.

Tiene que cruzar al otro lado o perderá su tren. Mientras lo hace se acerca a una papelería para tirar el papel que aún tiene en la mano. Antes de soltarlo lo ve: el sábado se inauguran las dos nuevas estaciones de metro. Adiós a los tornos rotos, adiós a la vetusta estación para la que el viernes será su último día. ¡El viernes! Hoy es ese viernes.

VI

Lunes. No sabe por qué está tenso y preocupado. Ayer ya se acercó hasta aquí dando un paseo. De las dos nuevas estaciones ésta es, con diferencia, la que más cerca le queda, pero no sabe si a ella le ocurrirá igual. Por lo que pueda pasar vuelve a venir pronto. Por lo que pueda pasar y porque espera volver a encontrarla allí como si no hubiera cambiado nada.

Hoy no se atascan los tornos. Todo reluce exageradamente nuevo. Hasta el andén en el que ella no está. Es temprano. Para él, pero ella ya debería estar allí. Apura hasta el último momento para coger su tren, pero ella no aparece.

Pasa toda la semana igual. Cada día ha ido más temprano para nada. Se ha esfumado. Incluso cogió un tren en la dirección de ella y hacia la otra nueva estación, pero nada. Recorrió sus andenes y esperó cuanto pudo, y nada.

La siguiente semana decide cambiar de estación, le cuesta ir un poco más lejos, madrugar algo más, pero espera encontrarla, como antes, al otro lado de las vías. A mitad de semana llega a pensar que quizás ella esté haciendo lo mismo y haya ido a buscarlo a la otra estación justo cuando él la busca en ésta. Un consuelo baldío.

Durante un mes cambia de horarios y de punto de partida, hace pequeños trayectos entre estaciones y recorre los alrededores de éstas, incluida la antigua, con la esperanza de encontrarla, pero ha desaparecido. Ella no está. Ella... Ni tan siquiera sabe su nombre.

Los fines de semana, repite los paseos con más calma y en cualquier horario, anhelando un encuentro afortunado que no llega. ¿Quién es? Y sobre todo ¿Dónde está? ¿Le estará buscando ella como la busca él?

Un día decide que se ha obsesionado como un idiota. Punto y final. Y se descubre volviendo a la rutina más cansina como si fuera una liberación. Carreras para llegar por los pelos y no perder el tren.

VII

No es un local al que él suela ir a menudo. Es una cafetería con copas, más que un “pub” al uso, con ambiente algo moderno que, a veces, parece demasiado convencional. La música no está mal y, aunque depende de la hora, por lo general, permite mantener una conversación. También depende del artista de turno, del “DJ” o del cantante que guitarra en mano aprovecha el rinconcito que allí se le brinda para ofrecer sus canciones en vivo. De vez en cuando hay alguna sesión de vídeo arte, la proyección de algunos cortometrajes de noveles, pero entusiastas directores, y exposiciones de cómics, pinturas o fotografías. Una de estas últimas es la razón de su presencia. La inaugura un amigo. Casi más el amigo de un buen amigo, pero la invitación se convirtió en ineludible. Lo cierto es que le sacan un buen provecho al local. Las paredes se tornan cambiantes con las distintas muestras que se suceden y que aprovechan cada trozo de pared virgen que dejan el exiguo escenario, la pantalla de proyección, los tabloneros de anuncios o la estantería cargada de libros para “bookcrossing”, tal como indica el artístico letrero que la corona.

Andaba por la tercera copa. Estaba a gusto. Casi todos eran conocidos, así que era fácil entablar conversación aunque el tema más repetido fuera: “¿cuánto hace que no nos vemos?”. Se acercó a la barra por un poco de hielo y decidió darse un pequeño respiro. El único sitio a donde nadie se arrimaba demasiado era a la librería y allí se acercó. Le parecía un tema curioso esto de “liberar” libros para que otros los lean. No sabía si tenía demasiado éxito o ninguno porque, aún sin ser un mueble muy grande, estaba hasta arriba de ejemplares. Fue curioseando los títulos. Había de todo tipo. Iba por el tercer estante cuando dejó de respirar. Giró la cabeza para leer mejor el lomo y alargó la mano para cogerlo. Ahí estaba: “Una Historia por Escribir”.

VIII

No ponía nada. Lo había mirado y remirado, pero nada. Ni un registro de “bookcrossing”, ni una indicación del anterior propietario, ni lo que él hubiera deseado: una señal personal de la chica del metro.

Había vuelto al local en varias ocasiones más desde entonces: un café, una copa, solo, acompañado, por la tarde, por la noche... No llegaba a ser un habitual, pero iba camino de serlo. No había querido preguntar por ella. Le parecía absurdo. No creía que ningún camarero se fuera a acordar ni de la chica ni del libro. Y cuando preguntó, acertó. Nadie sabía nada.

Las visitas al local se fueron espaciando y se volvió a repetir lo mismo que semanas atrás: olvídale. Olvídale.

IX

El agua de la ducha apenas dejaba escuchar el sonido de la radio. Mientras se estaba secando, el informativo daba un parte, tan habitual, que parecía el mismo de todos los días. De pronto escuchó algo que ya sabía. Que ya sabía y que había olvidado. Empezaba lo que los sindicatos suelen llamar un “otoño caliente” y lo hacía con una huelga de metro. Al menos no afectaba a todo el transporte público y los autobuses iban a circular con toda normalidad. Bueno, con toda la normalidad que permite duplicar el número de usuarios y circular en unas calles por donde lo harán el doble de vehículos de lo acostumbrado, y en un día que, por si fuera poco, prometía lluvia a cada rato.

Se vistió deprisa, mientras pensaba en la parada de autobús que más le convenía. Tampoco es que fuera la primera vez, pero andaba imaginando las colas, los retrasos y lo tarde que llegaría a su destino. Con la misma bulla se calzó, se puso el chaquetón y cogió la mochila. Con la premura golpeo un bote de lápices y rotuladores. Más tiempo perdido. Los recogió de mala manera y los soltó en un hueco junto al televisor, y allí, medio escondido, estaba un libro casi olvidado. Sin querer, dijo mentalmente su título. Aún no lo había leído. Quizás hoy entre esperas y tardanzas fuera un buen día para hacerlo. Desechó la idea, pero tras dar dos pasos hacia la puerta, se volvió y lo cogió.

X

No se había equivocado en casi ninguna de sus previsiones. Caían unas gotas de agua que aún no eran molestas, pero lo serían. La calle era un caos. Cada coche de más parecía multiplicar los problemas del tráfico, y las aceras se sumaban arrastrando más gente que nunca. Cuando llegó a la parada del autobús también acertó. Había varias y anárquicas colas. Trató de localizar la de su autobús y allí se plantó tras asegurarse. No hay nada peor que hacer cola en la que no es.

Parecía que no llovía. Atendió a varias personas que le preguntaron por el autobús que esperaba y sacó el libro. No estaba nada seguro de que lo pudiera leer en medio de aquel jaleo. Ahora se arrepentía de haberlo cogido. Los autobuses, ruidosos en el bullicio, llegaban y salían, tanto de su lado como de la acera de enfrente.

No, no parecía una buena idea, pero apenas lo había abierto cuando la vio. Volvía a estar allí. Sin perderla de vista, como un autómatas, se salió de la cola en el mismo momento en que ella lo descubría a él. No pudo evitar desplegar una amplia sonrisa, sin preocuparse por cómo reaccionaría, al tiempo que agitaba el libro para que lo viera... Y ella también sonrió. Sabía que estaba cruzando la calle cuando los coches le pitaron irritados y que ella le había buscado cuando vio que empezaba a cruzar para reunirse con él.

Que importa lo que se dijeran. O lo que dijeran los demás de aquellos dos chiflados en medio de una calle de tráfico infernal y bajo una lluvia que empezaba a arreciar. Bueno, algo se tendrían que decir: la huelga, la lluvia, el caos...

Parece que hay dos que hoy no llegarán al trabajo.

DISCULPA DEL AUTOR

Sí, sí, lo sé. A quién se le ocurre poner un final feliz en esta historia. Ya sé que el relato se pinta solo para hablar de una sociedad en la que manda la incomunicación, la soledad, la rutina, el hastío, la indiferencia hacia los demás...

Vivimos más aislados que nunca. No conocemos al vecino de la casa de enfrente, ni al del piso de al lado. Ya no hay un tiempo para compartir con nadie, y la vorágine del día a día nos consume, mientras nos aislamos en nosotros mismos.

Sí, todo eso lo sé, pero... la verdad es que hay demasiados finales tristes, y ahora no tocaba. Además, quién ha dicho que esto sea un final. En realidad es el comienzo de una historia por escribir.